

Los valdenses defienden la fe

Durante el largo período de supremacía papal, hubo testigos de Dios que conservaron la fe en Cristo como el único Mediador entre Dios y los seres humanos. Consideraban la Biblia como la única regla de vida, y santificaban el verdadero día de reposo. Se los tildaba de herejes, y sus escritos eran confiscados, tergiversados o mutilados. Sin embargo, permanecieron firmes.

Su historia ocupa un lugar escaso en los registros humanos, excepto por lo que se encuentra en las acusaciones de sus perseguidores. Roma trató de destruir todo lo que era “herético”, ya sean personas o escritos. Se esforzó también por destruir todo registro de su crueldad hacia los que no estaban de acuerdo con ella. Antes de la invención de la imprenta, los libros eran escasos en número; por lo tanto, no era mucho lo que se podía hacer para impedir que los partidarios de Roma llevaran a cabo su propósito. Tan pronto como el papado obtuvo poder, la Iglesia Romana extendió sus brazos para aplastar a todo el que se negara a reconocer su dominio.

En Gran Bretaña, el cristianismo primitivo había echado raíces muy temprano, sin dejarse corromper por la apostasía romana. La persecución por parte de los emperadores paganos fue el único don que las primeras iglesias de Gran Bretaña recibieron de Roma. Muchos cristianos que huían de la persecución en Inglaterra hallaron refugio en Escocia; desde allí, la verdad fue llevada a Irlanda, y en estos países fue recibida con alegría.

Cuando los sajones invadieron Gran Bretaña, el paganismo logró predominar, y los cristianos fueron obligados a refugiarse en las montañas. En Escocia, un siglo más tarde, la luz brilló hasta llegar a países muy distantes. Columba y sus colaboradores llegaron desde Irlanda y convirtieron a la isla de Iona en el centro de sus esfuerzos misioneros. Entre estos evangelistas se hallaba un observador del sábado y, de este modo, esta verdad fue introducida entre el pueblo. Se estableció una escuela en Iona, y de ella salieron misioneros hacia Escocia, Inglaterra, Alemania, Suiza e incluso a Italia.

Roma hace frente a la religión bíblica

Pero Roma resolvió someter a Gran Bretaña bajo su autoridad. En el siglo VI, sus misioneros emprendieron la tarea de convertir a los sajones paganos. A medida que la obra progresaba, los dirigentes papales se encontraron con los cristianos primitivos; ellos eran sencillos y humildes, y tenían un carácter, una doctrina y una conducta consecuentes con las Escrituras. Esos dirigentes exhibían la superstición,

la pompa y la arrogancia propias del papado. Roma exigía que estas iglesias cristianas reconocieran la soberanía del pontífice. Los habitantes de Gran Bretaña respondieron que el Papa no tenía derecho a ejercer supremacía en la iglesia y que no podían rendirle más que la sumisión debida a todo seguidor de Cristo; no reconocían otro señor que Cristo.

Entonces, el verdadero espíritu del papado comenzó a revelarse. El dirigente romano dijo: "Si no reciben a hermanos que les traen paz, recibirán a enemigos que les traen guerra".¹ La guerra y el engaño fueron empleados contra estos testigos leales a la fe bíblica, hasta que las iglesias de Gran Bretaña fueron destruidas u obligadas a someterse al Papa.

En los países que estaban más allá de la jurisdicción de Roma, durante siglos los grupos cristianos permanecieron casi totalmente libres de la corrupción papal. Continuaron considerando la Biblia como la única regla de fe. Estos cristianos creían en la perpetuidad de la Ley de Dios y guardaban el sábado del cuarto Mandamiento. En África Central y entre los armenios de Asia había iglesias que adherían a esta fe y práctica.

De entre los que resistieron al poder papal se destacaron, en forma sobresaliente, los valdenses. En el propio país donde el papado había colocado su trono, las iglesias del Piamonte mantenían su independencia. Pero llegó el tiempo en que Roma insistió en que se sometieran. Sin embargo, algunos rehusaron ceder ante el Papa o los preladados, y determinaron preservar la pureza y la sencillez de su fe. Se realizó una separación. Los que adherían a la fe antigua ahora se retiraron. Algunos, abandonando sus Alpes nativos, levantaron el estandarte de la verdad en países extranjeros. Otros se refugiaron en las fortalezas rocosas de las montañas y allí conservaron su libertad para adorar a Dios.

Sus creencias religiosas se fundaban sobre la Palabra de Dios. Esos humildes campesinos, apartados del mundo, no habían llegado por sí mismos a la verdad en oposición a los dogmas de la iglesia apóstata. Su creencia religiosa la habían heredado de sus padres. Luchaban por la fe de la iglesia apostólica. "La iglesia del desierto", y no la orgullosa jerarquía entronizada en la gran capital del mundo, era la verdadera iglesia de Cristo, la guardiana de los tesoros de la verdad que Dios encomendó a su pueblo para que fuera dada al mundo.

Entre las causas más importantes que determinaron la separación entre la iglesia verdadera y Roma estaba el odio que esta última profesaba hacia el día de reposo bíblico. Como lo había predicho la profecía, el poder papal pisoteó la Ley de Dios en el polvo. Las iglesias sometidas al papado eran obligadas a honrar el domingo. En medio del error prevaleciente, muchos de los verdaderos hijos de Dios estaban tan confundidos que guardaban el sábado y al mismo tiempo no trabajaban el domingo. Pero esto no satisfacía a los dirigentes papales. Ellos exigían que el verdadero sábado fuera profanado, y denunciaban a los que se atrevían a honrar ese día.

¹ J. H. Merle D'Aubigné, *History of the Reformation of the Sixteenth Century* [Historia de la Reforma del siglo xvi], lib. 17, cap. 2.

Centenares de años antes de la Reforma, los valdenses poseían la Biblia en su idioma nativo. Esto los convirtió en un objeto especial de persecución. Ellos declaraban que Roma era la Babilonia apóstata del Apocalipsis. Con peligro de su vida, se mantenían firmes para resistir sus corrupciones. Durante aquellos siglos de apostasía, hubo valdenses que negaban la supremacía de Roma, rechazaban el culto a las imágenes como idolatría y observaban el verdadero día de reposo.

Detrás de los majestuosos baluartes de las montañas, los valdenses establecieron un lugar de refugio. Esos fieles exiliados señalaban a sus hijos las alturas que se erguían majestuosamente sobre ellos y les hablaban acerca de aquel cuya palabra es tan duradera como las colinas eternas. Dios había establecido con firmeza las montañas; ningún brazo sino el del Poder infinito podía moverlas. De igual manera había establecido su Ley. Para el brazo humano, cambiar un solo precepto de la Ley de Dios era tan difícil como desarraigar las montañas y arrojarlas al mar. Esos peregrinos no se quejaban por las durezas que les tocaba enfrentar; nunca estaban solitarios en medio de la quietud de las montañas. Se regocijaban en su libertad para adorar. Desde muchas alturas majestuosas entonaban alabanzas, y los ejércitos de Roma no podían silenciar sus cánticos de acción de gracias.

Valiosos principios de verdad

Ellos valoraban los principios de la verdad por encima de casas y terrenos, amigos y parientes, y aun la vida misma. Desde los más tempranos años de su niñez, se les enseñaba a considerar como sagrados los mandatos de la Ley de Dios. Los ejemplares de la Biblia eran escasos; por lo tanto, aprendían de memoria sus preciosas palabras. Muchos eran capaces de repetir de memoria largas porciones tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento.

Se los ejercitaba desde la niñez para soportar durezas y para pensar y actuar por sí mismos. Se les enseñaba a llevar responsabilidades, a ser cuidadosos en lo que hablaban y a valorar la sabiduría del silencio. Una palabra indiscreta que llegara a sus enemigos podría hacer peligrar la vida de centenares de hermanos, pues, como lobos que buscan su presa, los enemigos de la verdad perseguían a los que osaban reclamar libertad para su fe religiosa.

Los valdenses, con perseverante paciencia, trabajaban para producir su pan. Aprovechaban toda porción de tierra cultivable que había entre las montañas. La economía y la abnegación formaban parte de la educación de los niños. El proceso era laborioso, pero sano; precisamente el que el ser humano necesita en su estado caído. A los jóvenes se les enseñaba que todas las facultades pertenecen a Dios, y que deben ser desarrolladas para su servicio.

Las iglesias valdenses se asemejaban a la iglesia del tiempo apostólico. Rechazando la supremacía del Papa y de los preladados, se aferraban a la Biblia como la única autoridad infalible. Sus pastores, a diferencia de los señoriales sacerdotes de Roma, alimentaban a la grey de Dios, conduciéndola a pastos verdes y a los vivos manantiales de su santa Palabra. La gente se reunía, no en iglesias magníficas o en grandes catedrales, sino en los valles alpinos o, en tiempos de peligro, en alguna

fortaleza rocosa, para escuchar las palabras de verdad de los siervos de Cristo. Los pastores no solo predicaban el evangelio, sino también visitaban a los enfermos y trabajaban para promover la armonía y el amor fraternal. A semejanza de Pablo, el fabricante de tiendas, cada uno aprendía un oficio con el que, si fuera necesario, pudiera proveerse sostén propio.

Los jóvenes recibían instrucción de sus pastores. La Biblia era el principal tema de estudio. Aprendían de memoria los evangelios de San Mateo y de San Juan, así como muchas de las epístolas.

Mediante un trabajo incansable, a veces en las oscuras cavernas de la Tierra, a la luz de las antorchas, copiaban las Sagradas Escrituras versículo por versículo. Ángeles del Cielo rodeaban a estos fieles obreros.

Satanás había instigado a los sacerdotes papales y a los prelados a enterrar la Palabra de verdad bajo los escombros del error y la superstición: pero de una manera maravillosa, esta fue conservada fielmente a través de todas las edades oscuras. Como el arca sobre las ondas tempestuosas, la Palabra de Dios atraviesa ileso las tormentas que amenazan destruirla. Así como la mina tiene sus ricas vetas de oro y plata ocultas bajo la superficie, las Sagradas Escrituras tienen tesoros de verdad que se revelan únicamente a los que los buscan en forma humilde y con oración. Dios se propuso que la Biblia fuera un libro de lecciones para toda la humanidad y una revelación de sí mismo. Cada verdad que se descubre es una nueva revelación del carácter de su Autor.

Desde las escuelas de las montañas, algunos jóvenes eran enviados a instituciones educativas en Francia o Italia, donde había un campo más amplio de estudios y observación que el de sus Alpes nativos. Los jóvenes enviados se veían expuestos a la tentación. Se encontraban con los agentes de Satanás que los instigaban con sutiles herejías y peligrosos engaños; pero su educación desde la niñez los preparaba para hacer frente a estos peligros.

En las escuelas adonde eran enviados no debían tener confidentes. Sus ropas eran preparadas de tal manera que podían esconder su gran tesoro: las Escrituras. Dondequiera que podían hacerlo, con mucho cuidado colocaban algunas porciones de estas al alcance de aquellos que parecían tener un corazón más receptivo a la verdad. En estas instituciones educativas ganaban conversos para la verdadera fe, y frecuentemente sus principios se dejaban sentir en toda la escuela. Sin embargo, los dirigentes papales no podían descubrir el origen de la así llamada "herejía" corruptora.

Jóvenes educados como misioneros

Los cristianos valdenses sentían la solemne responsabilidad de permitir que su luz brillara. Por el poder de la Palabra de Dios, trataban de quebrantar la esclavitud que Roma había impuesto. Los pastores valdenses debían servir tres años en algún campo misionero antes de hacerse cargo de una iglesia en su tierra natal: una iniciación adecuada para la vida pastoral en tiempos que constituían una prueba para el alma de los seres humanos. Los jóvenes veían delante de ellos no la riqueza

y la gloria terrenal, sino el trabajo arduo, el peligro y la posibilidad del martirio. Los misioneros salían de dos en dos, como Jesús solía enviar a sus discípulos.

Dar a conocer la misión que llevaban habría asegurado su derrota. Todo ministro poseía un conocimiento de algún oficio o profesión, y los misioneros proseguían su trabajo bajo el manto de una vocación secular, habitualmente la de comerciante. “Llevaban sedas, joyas y otros artículos, [...] y eran bienvenidos como comerciantes en lugares donde habrían sido despreciados como misioneros”.² Llevaban secretamente ejemplares de la Biblia, parciales o completos. A menudo se despertaba en algunos el interés de leer la Palabra de Dios, y ellos dejaban una porción de ella a los que la deseaban.

Descalzos y con una indumentaria tosca y gastada por el viaje, estos misioneros pasaban por las grandes ciudades y penetraban en tierras distantes. A su paso surgían iglesias, y la sangre de los mártires testificaba de la verdad. En forma oculta y silenciosa, la Palabra de Dios hallaba una alegre recepción en los hogares y el corazón de las personas.

Los valdenses creían que el fin de todas las cosas no estaba muy distante. Al estudiar la Biblia, resultaban profundamente impresionados por su deber de dar a conocer a otros sus verdades salvíficas. Hallaban consuelo, esperanza y paz por medio de su fe en Jesús. A medida que la luz les alegraba el corazón, anhelaban reflejar sus rayos sobre los que estaban en las tinieblas del error papal.

Bajo la dirección del Papa y los sacerdotes, se enseñaba a las multitudes a confiar en sus buenas obras para salvarse. Las personas siempre se miraban a sí mismas, su mente se espaciaba en su condición pecaminosa y, aunque afligían el alma y el cuerpo, no encontraban alivio. Millares pasaron su vida en celdas de conventos. Mediante repetidos ayunos y flagelaciones, observando vigiliias de medianoche, postrándose sobre piedras frías y húmedas, y con largas peregrinaciones –atormentados por el temor de la ira vengadora de Dios–, muchos continuaban sufriendo hasta que su naturaleza física, exhausta, cedía. Sin un rayo de esperanza, terminaban en la tumba.

Cristo, la esperanza del pecador

Los valdenses anhelaban mostrarles a estas personas los mensajes de paz que se hallaban en las promesas de Dios y señalarles a Cristo como su única esperanza de salvación. Consideraban que la doctrina de que las buenas obras pueden proporcionar el perdón del pecado estaba basada en la falsedad. Los méritos de un Salvador crucificado y resucitado son el fundamento de la fe cristiana. La dependencia del alma de Cristo debe ser tan íntima como la de un miembro con el cuerpo, o la de la rama con la vid.

Las enseñanzas de los papas y los sacerdotes habían inducido a las personas a considerar a Dios, y aun a Cristo, severo e intimidante, tan desprovisto de simpatía hacia el ser humano que se necesitaba invocar la mediación de los sacerdotes y

² Wylie, lib. 1, cap. 7.

los santos. Pero, aquellos cuya mente había sido iluminada anhelaban eliminar las obstrucciones que Satanás había acumulado, para que las personas fueran directamente a Dios, confesaran sus pecados, y obtuvieran el perdón y la paz.

Invadiendo el reino de Satanás

Con cautela, los misioneros valdenses presentaban las porciones cuidadosamente escritas de las Santas Escrituras. La luz de la verdad entró en muchas mentes entenebrecidas hasta que el Sol de Justicia brilló en el corazón trayendo en sus rayos salud. A menudo los oyentes deseaban que se repitiera una porción de las Escrituras, como para asegurarse ellos mismos de que habían escuchado correctamente.

Muchos veían cuán vana es la mediación de los seres humanos en favor del pecador. Exclamaban con gozo: "Cristo es mi Sacerdote; su sangre es mi sacrificio; su altar es mi confesionario". Tan grande era la profusión de luz que sobre ellos se derramaba que se sentían como transportados al Cielo. Todo miedo a la muerte se desvanecía. Ahora podían anhelar la prisión, si de esta manera podían honrar a su Redentor.

La Palabra de Dios era llevada a lugares secretos y leída, a veces, a una sola persona, y a veces a un pequeño grupo que anhelaba la luz. A menudo toda la noche transcurría de esta manera. Con frecuencia se pronunciaban palabras como estas: "¿Aceptaré Dios mi ofrenda? ¿Me sonreirá? ¿Me perdonará?" La respuesta que se leía era: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso" (S. Mateo 11:28).

Felices, las almas regresaban a sus hogares para difundir la luz, para repetir a otros, lo mejor que podían, su nueva experiencia. ¡Habían hallado el verdadero camino viviente! Las Escrituras hablaban al corazón de los que anhelaban la verdad.

El mensajero de la verdad proseguía su camino. En muchos casos, sus oyentes no preguntaban de dónde había venido ni a dónde iba. Habían experimentado tanto gozo que ni se les había ocurrido averiguarlo. "¿Podría haber sido un ángel del Cielo?", se preguntaban ellos.

En muchos casos, el mensajero de la verdad se había dirigido a otras tierras o estaba desgastando su vida en alguna mazmorra, o quizá sus huesos se estaban blanqueando donde había muerto dando testimonio de la verdad. Pero las palabras que había dejado atrás estaban realizando su tarea.

Los dirigentes papales vieron el peligro que implicaban los trabajos de estos humildes itinerantes. La luz de la verdad disiparía las densas nubes del error que envolvían a la gente; dirigiría la mente únicamente a Dios, y en última instancia destruiría la supremacía de Roma.

Estas personas, al sostener la fe de la iglesia antigua, eran un testimonio constante de la apostasía de Roma; por tanto, excitaban el odio y la persecución. Su negativa a abandonar las Escrituras era una ofensa que Roma no podía tolerar.

Entonces, comenzaron las más terribles cruzadas contra el pueblo de Dios refugiado en sus hogares montañosos. Se enviaron inquisidores para que les siguieran el rastro. Una y otra vez arrasaron sus fértiles tierras y destruyeron sus casas

y capillas. Nadie podía formular acusación alguna contra el carácter moral de este pueblo desterrado. Su gran ofensa era que no adoraban a Dios de acuerdo con la voluntad del Papa. Por este “delito” se usaba contra ellos todo tipo de insultos y torturas que los seres humanos y los demonios podían inventar.

Cuando Roma se propuso exterminar a la odiada secta, el Papa proclamó una bula [un edicto] condenándolos como herejes y entregándolos a la matanza. No se los acusaba de holgazanes, ni de deshonestos ni de desordenados; se declaraba que tenían una apariencia de piedad y santidad que seducía a “las ovejas del verdadero rebaño”. Esta bula llamaba a todos los miembros de la iglesia a unirse a la cruzada contra los herejes. Como incentivo, “a todos los que se unían a la cruzada, [la bula] los liberaba de cualquier juramento que hubiesen hecho, legitimaba sus títulos a cualquier propiedad que hubieran adquirido ilegalmente y prometía la remisión de todos sus pecados a todo el que matara a algún hereje. Anulaba todos los contratos hechos en favor de los valdenses, prohibía a todas las personas que les dieran cualquier clase de auxilio y las autorizaba a tomar posesión de sus propiedades”.³ Este documento revela claramente el rugido del dragón y no la voz de Cristo. El mismo espíritu que crucificó a Cristo, que martirizó a los apóstoles y que movió al sanguinario Nerón a sacrificar a los fieles de su tiempo estaba en acción para eliminar de la Tierra a aquellos a quienes Dios amaba.

Pese a las cruzadas contra ellos y a la inhumana matanza a la que fue sometido, este pueblo temeroso de Dios continuó enviando misioneros para difundir la preciosa verdad. Se los perseguía para darles muerte y, sin embargo, su sangre regaba la semilla sembrada y producía fruto.

Así, los valdenses dieron testimonio en favor de Dios siglos antes de que apareciera Lutero. Plantaron la semilla de la Reforma que empezó en los días de Wiclef, se desarrolló y se afirmó en los días de Lutero, y avanzará hasta el fin del tiempo.

³Wylie, lib. 16, cap. 1.